

## NOMBRES Y HOMBRES DE LA RIBERA DEL TUERTO

---

P. MIGUEL MARTÍNEZ BRAJA - Redentorista

En el número de La Veiga, correspondiente al verano del pasado año, en el afán de dar a conocer "nombres y hombres de Santibáñez", iniciábamos la biografía del P. Miguel Martínez Brasa.

La dejábamos en sus primeros 25 - 4 años, pues ya decíamos que, aunque pareciera paradójico, al menos el que aquellas líneas escribía, tenía más datos de los primeros años de la vida del P. Brasa, es decir, desde su nacimiento un 24 de Julio de 1.871 hasta su ordenación sacerdotal el 8 de Junio de 1.896, que de los años más próximos en el tiempo.

Insinuábamos que quizás hubiera alguien que tomara el relevo y nos diera datos desde ese año de 1.896 hasta 1.927 fecha de su fallecimiento en México.

Todavía no había aparecido ese número de La Veiga, cuando, desde México, nos llegaba un fascículo, escrito en 1.956, titulado: "Entre dos revoluciones: P. Miguel Martínez Brasa".

Nos lo enviaba su propio autor, - Laurentino Migúelez Rodríguez, Redentorista de Santibáñez que, como decíamos en aquel número, lleva cerca de cuarenta años ejerciendo su ministerio en México.

No es posible en las escasas páginas de que podemos disponer en La Veiga exponer la amplia y apretada biografía del P. Brasa - en esos años, que si no fue muy larga en el tiempo, sí lo fue en actividad y vicisitudes.

Resumiendo, pues, lo que escribe nuestro paisano Laurentino, le dejaremos hablar y él mismo nos dará si quiera sea una muestra de esas vicisitudes por las que pasó el P. Brasa en los dieciocho años de vida en México.

"En lo que va de siglo XX, escribe Laurentino en 1.956, la fecha más trascendental en la historia de México, es el 20 de noviembre de 1.910: no porque ése sea un día culminante, si no porque esa fecha fue la bandera que alentó a quienes buscaban un orden nuevo.

"Para entonces el P. Miguel Jacobo Martínez Brasa llevaba -- dos años, desde principios de 1.909, viviendo en México".

Nos describe Laurentino a nuestro paisano, y dice: "Era alto de estatura (1,80 m.), resistente y fornido, de aspecto algo duro, de mucho carácter; su voz era de trueno. Pero nada de eso inspiraba repulsión y desconfianza; por el contrario, según dicen -- los que le conocieron, era: noble, sencillo, franco, admirable -- cohermano. Religioso santo, virtuoso... Un santo varón. Su trato afable le mereció el cariño de todos. Como misionero mereció -- estos elogios: Misionero de cuerpo entero. El más grande misionero que --alguien-- había conocido".



Fueron esos años, años de revoluciones y contrarrevoluciones. -- Baste citar algunos nombres y recordar lo que ellos significaron en la vida de México, para darse cuenta de ello: Francisco Madero, Porfirio Díaz, Emiliano Zapata, Félix Díaz, Victoriano Huerta, Pedro Lascurain (Presidente durante 45 minutos), Carranza, Alvaro -- Obregón, Pancho Villa (cuyo verdadero nombre era Doroteo Arango)...

"Al retirarse de México en 1.915, el General Obregón llevó como rehenes 127 sacerdotes en un solo furgón de ganado. Sugirió un prisionero que se añadiera otro; llevaron el aviso al general Hill, encargado por Obregón del traslado, y el general despachó esta orden: "Mete apretados los que quepan y a los demás los fusilas".

Este hecho, entre otros muchos, nos da una pequeña idea de -- las circunstancias y vicisitudes en que podrían vivir los sacerdotes en México, y en las que se desarrollaría la vida del P. Brasa.

"En estos años pasó el P. Martínez Brasa más trabajos de los que uno puede imaginarse. De 1.915 a 1.916 asoló a todo el Estado de Oaxaca el hambre y la peste, causados por la guerra, hasta el extremo de producir la muerte a muchos millares de habitantes y -- apestados, principalmente de tífus. El P. Brasa se contagió y a -- punto estuvo de morir".

Peró además de la enfermedad, probó el P. Brasa el sabor de -- la cárcel y de los campamentos carrancistas.

"El 13 de Mayo de 1.917 (mientras la Virgen se aparecía en Fátima a los pastorcitos), el P. Brasa -- cuenta otro Redentorista, -- el P. Grandal -- se presentó para liberarme de una prisión segura y -- tal vez del fusilamiento. Si él no se hubiera presentado, me hubiera entregado ese mismo día como un cordero en manos de los enemigos".

"La paz tan deseada no llegaba. Por el contrario, se avecinaban días sombríos para la Iglesia y para México, los más sombríos de toda su historia. El Presidente Alvaro Obregón entregó la suprema magistratura al general Plutarco Elías Calles el 30 de noviembre de 1.924. Con él llegó la época de mayor persecución contra la Iglesia. Parece indudable que Calles llegó al poder con algún compromiso que trataría de cumplir para daño de los católicos de México. El 4 de enero de 1.926 firmó Calles la Ley Reglamentaria del art. 30 de la Constitución. Con ello manifestaba su intención de poner en marcha la persecución de la Iglesia. Para el mes de abril ya habían sido expulsados 200 sacerdotes españoles. El P. Brasa, Superior en la casa Redentorista de Pachuca, siguió trabajando en su iglesia, no sin grandes dificultades y peligro. He aquí cómo cuenta una de sus feligresas aquellos días del P. Brasa:

"En el tiempo de la persecución religiosa, cuando Calles, el Padre sufrió mucho: en el corto espacio de dos horas le hicieron desocupar la casa conventual y no podía moverse para arreglar nada pues lo tenían preso con el Hermano Mateo dentro de la capilla, con centinela de vista y varios soldados a la puerta. Cuando yo lo supe, sigue diciendo esta señora, corrí para ver si podía hacer algún servicio. Logré hablarle y me dijo: Busca a Concha Peñalosa para que se encargue de la casa y diga que es la sirvienta. Me dio la llave para que la llevara a Conchita. También me dijo: Vean un Licenciado a ver qué puede hacer por mí. El Padre Superior (P. Brasa) estaba muy nervioso y sin alimentos. Eran más o menos las tres de la tarde. A mí se me facilitó comunicarme con él gracias al centinela que decía ser conocido mío. Esto me sirvió para lograr llevarles algún alimento al Padre y al Hermano. El Padre no quiso --

tomar nada; me pidió una aspirina para el dolor de cabeza que lo tenía muy intenso. Entre tanto, un pariente mío -sigue la señora- se informó del asunto del Padre y se dio cuenta de que no había orden de aprehensión contra él, que esto fue solamente un atropello. Entonces pudo subir a su casa y dar sus disposiciones diciendo con mucho dolor: "se rompe la clausura de esta casa". Mucha gente del vecindario ayudaba a sacar las cosas.

Este es el relato que nos hace Aurora Vera Macip de un episodio de tantos en la vida del Padre Brasa durante estos años.

"El P. Martínez Brasa, continúa escribiendo Laurentino, permaneció todavía en Pachuca hasta el fin del mes de Julio de 1926. El día 30 celebró su última misa en la capilla. Estaba llena como nunca. Al día siguiente en ninguna iglesia de México se celebraría en Santo Sacrificio".

"A los pocos días estaba en la ciudad de México. El Superior lo había llamado porque en Pachuca es demasiado conocido. - México es más grande y es más posible pasar desapercibido.

"Los Superiores han autorizado a salir de México a esperar días mejores, pero el P. Brasa fue de los que prefirieron quedar se desarrollando, en lo posible, su ministerio.

"Rehusa una compañía más distinguida y se retira a vivir en la casa de unas viejecitas. Domina pronto la situación y hace frente, una vez más en su agitada vida, a lo desconocido. Su radio de acción va a ser Colonia Roma. Ahora, sin sotana, basta un simple traje de cualquier color. A falta de templos, son lugares de reunión las casas de los buenos católicos. Lo importante va a ser burlar las vueltas de la policía: una cosa divertida. Triste diversión cuando México está siendo víctima indefensa de una lucha trágica y dantesca como no lo ha sido en ningún otro pueblo.

En el periódico de París "La Croix" apareció una relación firmada por Francis Mc. Cullagn de la cual son estas frases: "Nadie sabrá jamás el número de víctimas que han pagado con su vida la resistencia al régimen que hace imposible esas mismas vidas. Los domingos por la mañana el inspector de policía manda detener a los que van a misa (en las casas particulares) y los traen mezclados, para mayor escarnio, con los escandalosos, rateros y borrachos que han arrestado durante la noche. La persecución religiosa es, sobre todo, un pretexto de rapiña.

En esta situación y en estas circunstancias vivía el P. Brasa, quien, hecho pronto a la situación, organizó su trabajo. Por las mañanas celebra la santa misa en alguna casa amiga. Luego sale de casa llevando la Comunión para las personas que le habían dado cita. Visita los enfermos. En ese mundo, que es México, puede ir y venir sin ser identificado. Estamos en el mes de Mayo de 1.927, y pronto se cumplirá un año de la supresión de cultos.

El día 27 salió de mañana el Padre Martínez Brasa a reparar la Comunión. He aquí lo que nos dice el Hermano Braulio Ibarra que, como se verá, es el más próximo testigo de los acontecimientos de esos dos días:

"Como a la una del medio día quiso abordar un autobús urbano de la línea Roma-Mérida, en el preciso momento en el que el autobús se ponía en marcha. Una ráfaga de viento le llevó el sombrero y por cogerlo se soltó del pasamanos, cayendo de espaldas y pegándose con la cabeza contra el fijo de la banqueta; así lo dijeron los testigos que luego avisaron a la Cruz Verde. Cuando-

ésta llegó, el Padre había muerto. En el traje no se encontró - ningún documento que lo identificara. (Esto se contradice un poco con lo que más adelante nos dirá el P. Silva).

"En la Santísima (parroquia que los Redentoristas había tenido que abandonar) sólo quedábamos guardando la casa e iglesia - el Hermano Cayetano y un servidor, sigue diciendo el H. Braulio. De la casa donde se hospedaba el Padre nos mandaron recado de -- que no había regresado desde el día antes por la mañana. Avisa-- mos al M.R.P. Viceprovincial, B. Fernández Silva, y salimos luego a buscarlo por las Delegaciones, por las Cruces Roja y Verde, por la Comandancia, por los hospitales... Al fin lo encontramos en el hospital de sangre, ya en el descanso (depósito) y completamente desnudo. En una pierna tenía un sello que decía "carne"; estos sellos los ponen a los cadáveres que nadie reclama, y eso de "carne" significa que es para darlos a los estudiantes de medicina para sus prácticas".

El Padre Silva contaba que para orientarse en la búsqueda - del Padre, se recorrió las páginas del periódico "Excelsior" del día 28, y en él encontró la noticia de que en el hospital estaba el cadáver de un señor que se había caído del autobús, que tenía un traje de color y que en el bolsillo tenía un rosario.

"Después de muchos trámites, continúa el H. Braulio, pudimos sacar el cadáver del descanso; pero Salubridad no nos permitió velarlo porque tenía más de 24 horas de muerto y debía ser - sepultado sin pérdida de tiempo.

"El día 28, como a las siete de la tarde, el Hermano Cayeta no y algunos de nuestros Padres, que andaban escondidos por la - capital, lo acompañaron al panteón español; también fueron va-- rios los grupos de amigos nuestros".

"Esta historia se acabó en el atardecer de un día 28 de Mayo de 1.927, cuando el Padre MIGUEL MARTINEZ BRASA tomó posesión de su puesto en las entrañas de México. El reloj de su vida se paró en los cincuenta y siete años.

"Los héroes mueren solos; no se encuentra quien pueda acompañarlos. El Padre Martínez Brasa fue el único Redentorista muerto durante la persecución callista en México. Murió una tarde de Mayo, en la calle, solo. Visto únicamente por los pasajeros arrastrados en el vértigo del autobús, que no se conmueve por un muerto más o menos, recogido por desconocidos, sin una mano amiga -- que cerrara sus párpados, sin unos labios que le dieran el postrer adiós. Su cadáver estuvo para ser descuartizado por incipientes y desconocidos médicos. Son las exigencias de una vida sacerdotal y de una persecución religiosa. El PADRE MIGUEL JACOBO MARTINEZ-BRASA estaba formado para no desfallecer ante la soledad o ante la muerte".

Sirvan estas breves líneas biográficas que hemos sacado a la luz en el nº 7, y en éste mismo, de la Veiga, para que cuantos sienta alguna curiosidad por leerlas, sepan que ha habido -- hombres que han llevado, con orgullo y gran dignidad, el nombre de Santibáñez por el mundo, y que, como a otras muchas cosas, -- los ignoramos y, lo que es peor, los desconocemos, cumpliéndose lo que decíamos en las primeras líneas de esta semblanza: que no siempre valoramos lo nuestro, por nuestro, y, quizás, lo despreciamos precisamente por ser nuestro.

Bibliografía:  
ENTRE DOS REVOLUCIONES  
Por L. Miguélez  
México -1956

Augusto López